

Inspectoría Salesiana María Auxiliadora
Comunidad Salesiana de Huesca



salesianos
MARÍA AUXILIADORA



ANTONIO MANERO BORAO
Salesiano Sacerdote

Gallur (Zaragoza), 12-07-1928
Barcelona, 26-04-2016





Antonio Manero Borao

Salesiano sacerdote

Queridos hermanos salesianos:

Hacia las 10 de la mañana del martes 26 de Abril, en la Residencia Mare de Dèu de la Mercé de Barcelona y acompañado por sus hermanos salesianos, fallecía don Antonio Manero. Tras 70 años de vida religiosa y más de 60 de ministerio sacerdotal, Antonio dejaba tras de sí el testimonio vital y apasionado de un hombre de fe. Intelectual y educador, generoso y luchador, tenaz y poeta, don Antonio Manero había gastado toda su vida siendo testigo del evangelio en todos los campos en los que le tocó bregar.

En su funeral en Sarriá y posteriormente en Huesca fueron muchos los que emocionados dieron gracias a Dios por el don de aquel hombre que marcó tantas vidas.

UN NIÑO DE GALLUR

Antonio nació en Gallur, Zaragoza, en un caluroso 12 de Julio de 1928. Su madre, Isidora, al atardecer del día anterior al nacimiento, como sintió que el niño llegaba, se dirigió a casa de su madre, acogándose a la tradición en la que las madres primerizas acudían a la protección y experiencia de sus madres.



Según cuenta en sus memorias el propio don Antonio:

“Me ayudó a nacer “Lino”, que era practicante y barbero del pueblo. Con el tiempo el señor Serrano fue padre de un sacerdote salesiano, su segundo hijo, mucho más joven que yo. Murió Alberto Serrano en África, agotado por el trabajo misionero. El corazón no resistió y murió repentinamente”.

Su pueblo, Gallur, y su tierra, Aragón, siempre formaron parte del sentir de don Antonio. Tres años después llegaría la pequeña Milagros, hermana a la que siempre estuvo muy unido y a quien quiso entrañablemente.

Cuando Antonio tenía casi cuatro años vivió el fallecimiento de su padre que tenía entonces 32 años. Isidora volvió a casa de sus padres y así, el pequeño huérfano creció en la misma casa en la que había nacido. Su abuelo se convirtió para él en un padre que educaba con exigencia y afecto. Este hecho, la orfandad paterna del niño, sería algo que marcaría la vida de Antonio de modo que en cuanto conoció a don Bosco, simpatizó enseguida con la historia de aquel cura piamontés huérfano de padre. A lo largo de su vida, el ya salesiano y sacerdote Antonio Manero tuvo una especial predilección por los huérfanos y más necesitados, predilección ésta que él atribuía a su pronta orfandad.

MIRAR LA GUERRA

El pequeño Antonio vivió el horror de la guerra civil en Gallur. El recuerdo de la guerra le dejó una honda impronta; su mirada infantil descubrió el vacío y el sinsentido del odio. A lo largo de su vida estos recuerdos infantiles, lejos de traumatizarle, harían de él un hombre de paz.

En la tarde del 18 de julio, después de comer, subimos a la falsa de la casa de mi tío Antonio, él, mi madre, mi hermana y yo; no recuerdo si también mis primos ya que como eran pequeños a lo mejor estaban durmiendo la siesta.



Desde una ventana, que había en la falsa y daba a la parte trasera de la casa, se divisaba muy bien gran parte del pueblo y las canteras sobre la carretera y el Ebro.

Veíamos en las “eras de Bomba” que terminaban en las canteras y se asomaban al puente sobre el Ebro, a los paisanos del pueblo tumbados y disparando sobre la guardia civil que, en este preciso tiempo, avanzaba por el puente sobre el Ebro respondiendo a los disparos.

Me impresionó mucho ver a una mujer que arrastraba a un hombre que había sido herido o matado por una bala de los guardias.

No sé cuál de los dos bandos disparó hacia la ventana por donde mirábamos o, a lo mejor, fue una bala perdida que entró por la ventana y se quedó incrustada en una viga de madera de las que sostenían el tejado...

Las familias, nosotros también, tuvimos diversos soldados alojados de los que venían a la retaguardia a descansar. Además de españoles tuvimos un italiano y un alemán. Y los alojados, siempre dormían en la mejor habitación de la casa. El italiano era cocinero y nos traía buen queso. El alemán, por la noche, antes de irse a dormir nos echaba fotografías en la cocina. Tenemos en casa bastantes fotografías de las que nos hizo. Por cierto que están muy bien. El italiano me regaló una estampa de san Antonio, mi santo y patrón del pueblo, con una oración detrás que comenzaba: “Oh gran santo chiamato il santo di Padova...” No podía yo imaginar que con el paso del tiempo estaría yo tres años en Italia.

En medio del infierno de la guerra, también vio el pequeño Antonio extraordinarios gestos de solidaridad. Esos gestos fueron acrisolando el alma de aquel niño que desde pequeño empezó a sentir una fuerte convicción por la justicia y la paz.

... Concluida la guerra, o tal vez no había acabado todavía, tuvimos un prisionero de los que también traían al pueblo para hacer trabajos. Me acuerdo que se comentaba entonces que aquellos prisioneros hacían la doble vía del ferrocarril Zaragoza-Castejón.



Se llamaba el prisionero José Turmo y era de Zaidín, en el Aragón oriental, limitando ya con Cataluña. Aquel soldadito era un “manitas” y él con varios de los prisioneros dejaron hecha una preciosidad la capilla de la Virgen del Pilar de la parroquia.

¿Cómo se estableció la relación con este soldado prisionero?

Era un día de lluvia abundante y llamaron a mi casa a media mañana. Bajó mi madre a abrir y se encontró con dos mujeres: una mayor y otra joven. Pedían habitación para pasar la noche porque habían venido a ver a su hijo y novio y no tenían dónde dormir. Les dijeron que no teníamos habitación y se fueron.

Pero mi madre y mi abuela comentaron: “Pobre gente. Tienen al hijo prisionero, vienen a verlo y está lloviendo y no tienen donde dormir”...

No lo pensaron más. Bajó mi madre, salió a la calle y les gritó, porque ya se habían alejado algo, para que volvieran.

No sé el tiempo que estuvieron en casa. Vino algún día el soldadito prisionero, se hicieron todos amigos y la amistad que se originó entonces ha pasado de unas generaciones a otras y aún dura. Se fueron visitando las familias cuando concluyó la guerra.

LA AVENTURA DE LA VOCACIÓN.

La inquietud intelectual y la fe de Antonio animaron a Isidora a llevarlo a Huesca. En Septiembre de 1940 Antonio fue al aspirantado de la calle Heredia. En esa casa trabó una especial amistad con otros niños de Azkoitia que, mal que bien, le empezaron a enseñar algunas palabras en vasco. Al recordar su estancia en Heredia, el mismo Antonio cuenta:

Aquellos hombres (los salesianos de la comunidad) hicieron con nosotros maravillas porque éramos felices, comíamos, a pesar de las estrecheces de la posguerra, estudiábamos y, poco a poco, nos iban inculcando las virtudes que debe ir adquiriendo un niño a esa edad.



... Mucho tuvieron que trabajar conmigo aquellos buenos salesianos para irme “educando” (a veces pienso que, en algún aspecto podríamos decir “domando”) No lo lograron del todo pero hicieron mucho y yo colaboré en lo que pude.

Entre aquellos salesianos estaba el señor Pablo Obiols con el que trabó una gran amistad. El señor Obiols le enseñaba palabras en catalán que Antonio memorizaba con fruición.

De allí pasó Antonio a Sant Vicenç dels Horts donde profesó como salesiano el 7 de Noviembre de 1945. Posteriormente fue a Gerona a hacer los estudios de Filosofía. De Gerona recordaba Antonio la alegría...el teatro...la música...y el frío; *Nunca, decía, he pasado tanto frío.*

En 1947 pudo cumplir por fin uno de sus grandes deseos: entregarse en cuerpo y alma a la educación de los jóvenes en el terreno escolar. Y empezó el trienio en Sarriá. Allí puso en práctica sus talentos como educador y fue afianzándose en el estilo educativo de don Bosco. Escribe

“toda la pedagogía tiene una base de relación entre educador y educando que hace que los dos al tratarse más se puedan ayudar más. Tener a los chicos todo el día y casi a todas las horas da un gran conocimiento del muchacho. Creo que éste es uno de los secretos de la pedagogía salesiana. Lo que antes llamábamos asistencia tiene mucho que ver con todo esto”.

Es en esos años cuando el joven clérigo comienza a escribir textos poéticos que comparte con sus alumnos. Su talento para la lírica no lo abandonará nunca y transparentará en él una extraordinaria delicadeza espiritual.

Después de los tres años en Sarriá, continuó su “trienio” un año más en Horta. En 1951 Antonio estudia la Teología en Turín. Allí estudia concienzudamente y va descubriendo una característica que le marcará a lo largo de su vida. No sumarse a las mayorías impersonales.



Las manifestaciones ruidosas de alma de masa tan frecuentes aquí me producen náusea. Yo noto en mí un alejamiento espontáneo de la masa incolora. Lo recuerdo desde hace muchos años. Sin duda que es orgullo que no ama confundirse...

Tras dos años en Turín, en 1953 es destinado a Martí-Codolar para seguir sus estudios de Teología.

SACERDOTE DE CRISTO

El 26 de Junio de 1955 aquel aragonés rebelde, poeta y educador, era ordenado sacerdote en el Tibidabo. El día de la Asunción en Gallur dijo su primera misa en el pueblo.

“Llegué a Gallur el día 14 por la tarde. Ninguna vez había llorado pero esta vez, sí. Al abrazar a mi madre, a mis parientes, al Sr. Cura, estaba muy conmovido. Pensaba cómo me sacó Dios y cómo me devolvía, a la vuelta de 15 años”.

Al curso siguiente regresó a Turín para hacer la licenciatura en Teología. Ya se atrevía a predicar en italiano y hasta aprendió algo de alemán. De regreso a España, la vida de don Antonio tendrá un extraordinario vigor educativo-pastoral, tendrá que asumir misiones difíciles, tener cargos de responsabilidad y acompañar a muchas personas.

SU PRIMERA ENCOMIENDA SACERDOTAL, MATARÓ (1956-1964).

Comienza su andadura en Mataró. Durante cuatro años fue el consejero exigente y serio. Luego fue nombrado director de esa casa. Como le había ocurrido en ocasiones anteriores (y le ocurriría más tarde), la obediencia le truncó los periodos normales de estancia en una casa y, a los cuatro años de ser director de Mataró, el padre inspector le requirió para ser director del Colegio de Horta. ¡Cómo le costó dejar Mataró!



“Dejé Mataró llorando. Nunca hubiera imaginado que podía dolerme tanto abandonar aquella casa en la cual había pasado ocho años. Los ocho primeros años de mi sacerdocio”.

La emoción de dejar su querida casa de Mataró la expresaba diciendo

Fue tal la emoción, que prometí no “servir más a señor que se me pudiera morir”, como el duque de Gandía, San Francisco de Borja. Lo he cumplido siempre aunque estos años pasados, dada la edad, me he emocionado algo al dejar una casa. Pero reconozco que sólo ha sido momentáneamente y he marchado a la nueva casa, procurando olvidar, cuanto antes, la casa dejada”.

LA CASA DE HORTA (1964-1968).

Los años del Colegio de Horta fueron de cambios, de evolución. Había terminado el Concilio y la Iglesia despertaba a un nuevo modo de entender las cosas. También la situación política recibía estas influencias de los nuevos tiempos eclesiales.

El Colegio era muy grande, tenía más de 500 internos. En su tiempo se hizo una Iglesia nueva, un teatro capaz, patios muy grandes, varios comedores que iban a albergar a niños y jóvenes de 9 a 18 años. Los horarios eran complicados y don Antonio se sirvió mucho del Consejo de la Casa para animar y gobernar aquel espacio educativo tan grande y plural.

MARTÍ-CODOLAR (1968-1974).

A finales de junio de 1968 le llegó a don Antonio la obediencia de ir a Martí-Codolar. Como en Mataró, no podía acabar el sexenio de director, dejando múltiples proyectos en el aire. Aquellos años estaban siendo especialmente duros. Los cambios sociales y eclesiales hacían mella en muchas vidas marcando múltiples aspectos de la vida religiosa, política y cultural de Europa.



También el Teologado vivió todos estos momentos difíciles y don Antonio tuvo que guiar con mano firme y corazón salesiano toda aquella situación un tanto convulsa. A lo largo de esos años en Martí-Codolar, dos profesores y casi cuarenta estudiantes abandonaron la Congregación.

Durante esta época don Antonio fue regulador de dos capítulos inspectoriales que también eran un reflejo de las novedades que traía la Historia y que no siempre son fáciles de gestionar.

Participó desde junio de 1971 a enero de 1972 en el Capítulo General Especial que, según él, fue el acontecimiento más importante que vivió en su vida salesiana.

“Si el Concilio fue una revolución para la Iglesia, el Capítulo fue una revolución para la Congregación y yo tomé parte en ella y dejé que transformara mi vida a la luz de aquella revolución. A veces entre nosotros en el Capítulo decíamos que estábamos haciendo una refundación de la Congregación, siendo fieles a D. Bosco y a los jóvenes de hoy”.

Durante esos años difíciles vivió una experiencia que marcaría su vida: predicar ejercicios espirituales a salesianos de varios países de América. Él ya tenía experiencia de predicar EE.EE., pero su predicación en América le dio la oportunidad de conocer la presencia salesiana en lugares tan distintos y tan pobres como Puerto Rico, Ecuador, Venezuela y Haití.

SALVADOR.

Ocurrió también en esa época un suceso que marcaría para siempre la vida de don Antonio. La noche del 2 de Marzo de 1974 a las dos de la mañana, le despertó el portero de Martí-Codolar sobresaltado; dos hombres venían a buscar a don Antonio, eran dos capellanes de la prisión Modelo de Barcelona que requerían su presencia en la cárcel. Un antiguo alumno de Mataró, Salvador Puig Antich, había sido condenado a muerte por la implicación en la muerte de un policía nacional. Aquella noche el general Franco había dado



el “enterado” lo que suponía que la sentencia se iba a ejecutar al comenzar el día. Don Antonio subió al coche que le esperaba y fue a la prisión. Allí estuvo con los familiares de Salvador y pasó a la celda. El propio joven había solicitado la compañía del sacerdote que había sido a su educador en Mataró.

Fue una noche o mejor unas horas interminables por la angustia que todos llevábamos en nuestro corazón. ¿También Salvador? Es difícil saber cuál era su estado de ánimo en esos momentos.

Aparentemente estaba sereno. Yo no le notaba un gran nerviosismo. El abogado Arau entraba y salía dándole noticias de todo lo que se estaba haciendo para que se intercediera pidiendo el indulto para él, tanto autoridades políticas como religiosas...

Todas estas noticias, creo que mantenían en Salvador viva la esperanza... Creo que era hacia las ocho, tal vez las siete y media, cuando los guardias dijeron que debían salir los familiares y quedarse con él sólo el sacerdote ya que así estaba prescrito. Se despidieron las hermanas. Me parece que también al abogado lo hicieron marchar entonces aunque tal vez volvió a entrar en algún otro momento pero yo no lo recuerdo.

Nos quedamos los dos solos. Los guardias seguían alrededor. Sin duda que aquellos fueron los momentos de más tensión para Salvador y también para mí: el tiempo iba avanzando y el indulto no llegaba y lo más doloroso tal vez, le habían alejado a sus seres queridos...

En un momento determinado llegó, creo que era un teniente. Esposaron a Salvador. Me dijeron que me despidiera de él

No lo abracé porque pensé que aún sufriría más porque él ya no podía responder a mi abrazo. Cogí sus manos entre las mías, las apreté fuertemente y le dije las últimas palabras que me vinieron a la mente, intentando ayudar a Salvador en su soledad trágica, sin compañía de ningún rostro familiar o de amigo.



“-Salvador, Dios te ama”. Me pareció en aquel momento que la cercanía de Dios como último pensamiento, algo le podía ayudar. No lo sé. Solamente Dios que ve los corazones veía la situación de Salvador como vio la de Cristo en la cruz. Entonces y ahora creo en un Dios que nos ama siempre pero más cuanto más lo necesitamos...Me parece que aquella tarde fue el entierro. Fue igualmente muy triste porque sólo estábamos los familiares, incluido el padre. Éramos muy pocos. Pero estábamos vigilados: había policías. Lo que más me llamó la atención fue que, hasta en algunas bocacalles que forman las hileras de nichos, se veían policías a caballo. Yo pensaba: -Cuánto miedo tienen.

Cuando a mediodía llegó de nuevo a Martí-Codolar, don Antonio –según un salesiano de su comunidad- había envejecido diez años.

PRIMER ENVÍO A HUESCA (1975).

En junio de 1974 es destinado a Huesca. Por primera vez termina un mandato de seis años sin ninguna interrupción especial. Llegó a Huesca cansado, con la huella de los años difíciles que había pasado. En Huesca va entrando en relación con la gente sencilla que, en una presencia popular, se siente en los Salesianos como si estuviera en su casa. Don Antonio vuelve a dar clase de Lengua (su gran pasión) y de Religión a chicos de la entonces EGB y a algún grupo de Bachillerato. Pasa en ese tiempo largas horas de conversación con el que fue su buen amigo, Javier Osés, obispo de Huesca.

Pero cuando ya se había acostumbrado a las tierras oscenses, vuelve de nuevo la obediencia a pedirle otra responsabilidad que le cuesta mucho: ser director de los Hogares Mundet, centro de acogida de huérfanos y menores con situaciones familiares difíciles.

LOS HOGARES MUNDET (1975-1978).

Fueron también años no exentos de dificultad. Una comunidad muy numerosa y una presencia entre los chicos de 24 horas al día suponían un trabajo continuado. Por otra parte, toda la gestión estaba en manos de la



Diputación de Barcelona, no de los salesianos.

La muerte del general Franco en 1975 agitó de nuevo la vida política y social. No tardó mucho en haber una huelga del personal de la Diputación que trabajaba en los Hogares Mundet. Don Antonio tuvo que empeñarse al máximo para gestionar todas aquellas situaciones que vivían en una casa de chicos muy necesitados. Al cabo de tres años fue destinado de nuevo a la Casa de Huesca.

SEGUNDA ESTANCIA EN HUESCA. LA PARROQUIA DE MARÍA AUXILIADORA (1978-1996).

Llegó a Huesca en 1978. Su estancia fue de una riqueza pastoral extraordinaria.

Pasé, en estos 18 años, por todo: fui sacerdote y profesor, luego párroco y profesor, luego superior, párroco y director del bachillerato sin dejar de ser profesor y tutor. Fui durante los 18 años tutor de los muchachos de 2º de BUP, que están en la edad más difícil, a punto de acabar la adolescencia e iniciar, al año siguiente, a los 17 ó 18 años, la juventud.

¡Fue un regalo del Señor todo este tiempo de mi vida! En todos los aspectos de mi vida religiosa, sacerdotal y humana me sentí profundamente enriquecido... Fui muy feliz con el pueblo, entre el pueblo y para el pueblo de Huesca.

La gente de Huesca le quiso profundamente. Don Antonio podía embarcarse en una aventura pastoral de distancias cortas, teniendo una relación muy cercana, amistosa y sacerdotal con muchas personas.

En 1980 el obispo Osés pide a la Congregación que su santuario de María Auxiliadora de Huesca acoja una nueva parroquia. Debería ésta tener dos características: animar la devoción mariana (Huesca es una ciudad donde la devoción a María Auxiliadora es extraordinaria) y tener un marcado acento juvenil.



Don Antonio acogió gozoso la propuesta de vivir esa nueva experiencia: ser párroco. El 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada, comenzaba su andadura la parroquia de María Auxiliadora de Huesca, también don Antonio comenzaba su nueva responsabilidad, ser párroco.

Don Antonio fue un gran párroco en Huesca: puso en marcha la comunidad parroquial, los grupos de catequesis, los grupos de adultos, el grupo de Cáritas, el Centro de Cultura Popular, el Club Calibo para personas mayores; consiguió también que se abriera un Centro Juvenil que se llamó Club Amigos de Domingo Savio. En esa época trabajó para que se abriera una Casa de Colonias junto a Jaca, en Villanúa, para ser usada por muchos jóvenes y familias que hacían allí sus Colonias, Campamentos, Convivencias. Los salesianos de Huesca tenían ya su casa de Colonias. Cada verano subía él mismo con unas familias amigas y con su propia familia a pasar unos días en medio de la naturaleza que llenaban a todos de ilusión

Fue en esos años cuando se trajo a su madre, Isidora, a Huesca. Fue acogida en una residencia de las hermanas de Santa Ana, próxima a los Salesianos. Muchas veces la madre estaba días enteros en la comunidad de su hijo; con frecuencia buenos amigos de la parroquia la llevaban a sus casas para pasar la tarde y alegrarla.

Cuando se acercaba a los 90 años, la acosaba la demencia senil y el cuerpo cedía a ojos vistas. Darle todos los días de comer durante dos años fue para mí un regalo de Dios...Cuántas veces volaba mi mente a mi infancia cuando ella hacía lo mismo por mí. Lo mismo que yo entonces no me enteraba ella tampoco se enteraba del todo.

Los últimos seis años de aquella segunda estancia en Huesca, Antonio fue el director de la Casa. También esta vez terminó con normalidad el sexenio; así en junio de 1996 recibe una nueva obediencia: regresar a Cataluña y ser párroco en Sant Boi. Fue ésta una obediencia que le costó. Dejaba en Huesca tantos recuerdos...tantas familias...tantas actividades. Antonio había sido un referente en muchas vidas oscenses. Pero, con una fidelidad



encomiable, el buen salesiano hizo las maletas y se dirigió a San Boi.

SANT BOI. LA PARROQUIA (1996-2001).

En Sant Boi encontró una parroquia bien diferente. Era una parroquia grande, tenía más de 25.000 feligreses (frente a los 3.000 de la parroquia de Huesca). Había un buen movimiento de jóvenes en grupos de fe, no pocos de aquellos jóvenes se incorporaban a los salesianos cooperadores. Con su habitual tenacidad pastoral, puso en marcha dos grupos de Hogares don Bosco. Por otra parte don Antonio se encontró también con una realidad muy nueva que le sorprendía cada día: una sociedad en donde la secularización y el mestizaje habían dejado una fuerte impronta social en la que la fe aparecía muchas veces desdibujada. También en la parroquia tiene que convivir con situaciones de pobreza moral y económica que buscan una respuesta desde la misericordia. Atiende a mujeres maltratadas, a emigrantes sin papeles, a jóvenes drogadictos, a familias con tragedias terribles. Tiene que afrontar también nuevas situaciones: matrimonios separados, solicitudes de bautismos de padres no casados, uniones de hecho que piden sacramentos... en todas aquellas lides, el párroco se va defendiendo, aprendiendo y manteniendo una gran fidelidad a la Iglesia y a sus hijos más pobres. Qué distinto era ese ambiente del que había vivido en Huesca.

Pero en esta época don Antonio empezó a notar cómo la salud se le iba quebrando...dificultades en un oído, vértigos...cuántas veces hablará luego del síndrome de Ménière. Estas dificultades en su salud hicieron que en 2001 fuera trasladado de nuevo a su querida Huesca. En Sant Boi había dedicado cinco años a servir con un gran corazón y mucha entrega a aquella parroquia salesiana en la que también dejó huella.

TERCERA ESTANCIA EN HUESCA (2001-2011).

Su llegada a Huesca en 2001 fue para él un bálsamo, se reencontró de nuevo con sus viejos amigos. Con un buen grupo de ellos regresó estivalmente



a su querida casa de Colonias de Villanúa. Volvió a entregarse con generosidad, aunque con la debilidad propia de la edad, a la pastoral familiar y sacramental. Se esforzaba en ordenar su habitación, sus libros y cosas. Paseaba, rezaba y escribía mucho. Leyó de nuevo todos los volúmenes de la Memoria Biográficas y siguió participando de muchos acontecimientos de la vida diocesana. Atendía capellanías, siguió llevando grupos de Hogares don Bosco.

En esos años siguió cultivando su pasión por la lectura y la vida intelectual... el mismo viejo sacerdote que paseaba por el parque, saludaba a mayores y pequeños, en otros momentos leía a San Ireneo, Berdiaev, Kierkegaard o el cardenal Newman.

La salud fue, poco a poco, quebrándose y la enfermedad le fue abrazando inmisericorde. En julio de 2011 fue trasladado a la residencia Mare de Dèu de la Mercè en Barcelona.

MARTÍ-CODOLAR, PENÚLTIMO DESTINO (2011-2016).

De nuevo en Martí Codolar. Las circunstancias eran ahora bien distintas. El que fue director en momentos difíciles volvía a aquella casa en su momento personal más difícil. Fueron casi cinco años los que pasó en Martí-Codolar en esta última etapa. No le fue fácil a aquel hombre, de temperamento libre y exigente, acostumbrarse a su nueva vida. Percibía que su memoria, que la había tenido prodigiosa, iba sucumbiendo día a día.

El misterio de la cruz se hizo presente en su vida. Lo aceptó. El dolor y la oscuridad de la enfermedad purificaron su vida salesiana y sacerdotal en aquel particular Getsemaní. Bebió del cáliz del dolor hasta su última gota. Lo hizo acompañado por el cariño y la ternura de los hermanos de la Comunidad de Martí Codolar.

Resonaban entonces las palabras que años antes le había escrito al padre Inspector, por indicación de éste, sobre la conversión de San Pablo.



*Ahora, con los años,
a lo mejor mis oídos se cierran,
mis ojos te ven con dificultad,
mi vida se debilita
y, a veces, no distingo tu voz y te pregunto angustiado: ¿Quién eres Señor?
Casi no te oigo, casi no te veo, casi no te sigo...
Y me canso, me despisto, me callo.
¿Quién eres, Señor? ¿Todavía estás a mi lado?
Repíteme, muchas, muchas veces, como a Pablo: Yo soy Jesús. Yo soy Jesús.
Y luego, también como a Pablo: Levántate.*

*Señor, que sea capaz de oír tu voz con claridad, a pesar de los años.
¡Que sea capaz de ver tu figura desde mi fe!
¡Que sea capaz de seguir tu camino con aire juvenil...!*

EL ÚLTIMO DESTINO.

La mañana del martes 26 de Abril Antonio Manero Borao, salesiano sacerdote, se encontró cara a cara con el Señor resucitado a quien él había entregado la vida, a quién él tanto había amado. En su funeral se leyeron unas palabras suyas escritas en 2001 (quince años atrás). Esas palabras cobraban una especial significación en ese momento:

Reconozco que, aunque todos los días, en algún momento pienso en la muerte, lo hago con paz y serenidad y esto me anima. No pienso casi nunca de modo trágico en mi muerte sino al contrario pienso con tranquilidad este final de mi vida y hasta a veces, estoy contento porque espero con verdadero gozo el encuentro con el Señor.

No sé si pensar así en el final de mi vida le agrada al Señor. Yo creo que sí porque, en realidad, pienso que el encuentro con el Señor para toda la eternidad va ser, no cabe duda, un gozo inexplicable.

Ahora mientras camino por este mundo procuro, desde la fe, pensar en el Señor y al hacerlo presente en mi vida, aunque no lo vea, me alegro



extraordinariamente y me digo:” ¿Qué será encontrarme con el Señor cara a cara? ¿Qué será encontrarme con mi hermano Jesús, con mi Madre Auxiliadora?

Y sigo y sigo fantaseando ante mis amigos los santos y también ante mis familiares que me han precedido en la muerte, me lleno de un gozo extraordinario al encontrar otra vez a todos los de mi familia con los que he vivido...A todos los santos desde San Juan Bosco y San Antonio a todos los santos a los cuales he tenido a lo largo de mi vida una devoción especial...

De ese día, han sido muchos los testimonios de Antonio que nos han llegado. Un salesiano escribía

Tenías la grandeza del hombre de autoridad, a la vez que la cercanía del pastor que se preocupa por las ovejas. Tenías una gran vena intelectual, que desarrollaste bien en las clases y en las charlas y ejercicios espirituales. Gracias, Antonio, por tantas cosas que nos has dejado. Gracias por toda tu entrega y generosidad, por tu buen hacer y por tu amor a la tierra, allí donde estuvieras. Me encomiendo a ti para que un día en el cielo gocemos junto al Padre en la comunión de los santos. ¡Un gran abrazo!

Otro amigo de Hogares don Bosco le componía un poema emocionado en el que, entre otras cosas se decía:

*Vuela gaviota... Vuela con gozo,
porque ya cruzaste el mar,
mostrándonos siempre a todos
cómo se debe volar...*

*Vuela gaviota... Vuela... Vuela...
Vuela, después de enseñar
a quien contempló tu estela,
cómo hay que cruzar el mar.*



Hoy tenemos que dar gracias a Dios por el regalo que nos hizo en la vida de don Antonio Manero. Él fue un testigo de Jesucristo, lo fue en las clases, en las parroquias, en sus explicaciones, en sus escritos, en su dirección espiritual, en su animación de comunidades, en sus tareas de responsabilidad, en el acompañamiento de los que sufren, en su sencillez y cercanía.

Ese 26 de abril, Antonio recibía un nuevo destino. La obediencia ya no le iba a pedir más cambios inesperados. Le llamaba Dios, el mismo Dios que había ido dibujando el sendero de aquel niño huérfano que en las tierras aragonesas había sido testigo de la guerra y del amor.

En su recordatorio, unos versos suyos resumían su vida de un modo excepcional:

*He corrido los caminos
polvorientos de lo oscuro,
he cruzado los senderos
sin estrella, sin seguro
y cansado,
aleccionado
¡Madre, vengo a descansar!*

Descansa en paz, querido Antonio y gracias por el testimonio ejemplar que nos dejas.

La comunidad salesiana de Huesca.

Inspectoría Salesiana María Auxiliadora

Comunidad Salesiana de Huesca



salesianos

MARÍA AUXILIADORA

Datos para el Necrologio

ANTONIO MANERO BORAO, salesiano sacerdote

Nació en **Gallur** (Zaragoza), el 12 de julio de 1928

Falleció en **Barcelona**, el 26 de abril de 2016

Había cumplido los 87 años de edad, 70 de salesiano y 60 de sacerdote.